

PRÓLOGO *

El fin del II milenio se está caracterizando por los conflictos que pronostican un cambio radical a mediano plazo e incluso en el corto plazo: conflictos raciales en Yugoslavia, en África, en Asia, en el Medio Oriente, en Rusia, en México. Conflictos sindicales, laborales; crisis políticas y económicas; movimientos sociales en México, Argentina, Chile, Bolivia, Brasil, Venezuela, por no mencionar más que los más notables en el hemisferio. Muchos de estos conflictos han surgido como consecuencia de los impactos de las políticas neoliberales impuestas por la globalización y los resultados a corto y mediano plazo que ya se dejan sentir en los países periféricos.

La globalización no se refiere únicamente a la apertura comercial y al libre flujo de capitales, sino que conlleva también políticas económicas de supresión de subsidios y pago de los "costos reales" de los servicios en aras de una libertad del mercado que se autoregula por el libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda en el contexto de una "libre competencia", cuando así conviene a los intereses del estado, de lo contrario se da una intervención para "proteger los intereses de la sociedad" como ha sido el caso del conocido Fondo de Protección del Ahorro Bancario en México durante 1998; o el "rescate de las autopistas" efectuado por el gobierno mexicano para salvaguardar las inversiones de los capitalistas en aquellas carreteras cuyo tráfico era insuficiente para recuperar lo invertido en el plazo de concesión, haciendo caer el

* *América Latina y El Caribe: en la encrucijada de su identidad*. Título que le dieron los autores al prólogo. Versión preliminar preparada por Lino Borroto y José Manuel Juárez conforme a los acuerdos tomados en el III Taller Internacional, celebrado en Morelia, Mich. México, del 31 de mayo al 5 de junio de 1999.

costo de estos "rescates" sobre los hombros del pueblo y de la población de escasos recursos. Estado liberal que deja al libre juego de las fuerzas sociales la solución de conflictos como el de rebelión de Chiapas, negándose a negociar y a cumplir los acuerdos tomados con la dirigencia del grupo rebelde y mediante los oficios de diferentes comisiones nombradas al efecto por el ejecutivo, compuestas por notables del mundo de la política, de las letras, de los medios y del clero.

Esta política neoliberal que llevada a sus extremos ha producido catástrofes económicas, sociales y políticas como las que vivieron Indonesia, Rusia, Brasil, Argentina y México.

Los procesos de integración de las economías de los países en grupos regionales es una de las características de este fin de siglo y de milenio, que prefiguran las luchas comerciales que se darán en un futuro no muy lejano, en las cuales los países "independientes no integrados en estos grupos tendrán serias dificultades en sus economías.

Un nuevo tipo de dependencia está surgiendo con la globalización financiera y comercial. El viejo modelo imperialistas de los países dominantes industrializados, su modernización con el modelo de la transnacionalización del capital, son ampliamente superados por el modelo globalizador contemporáneo, fortalecido y favorecido por el flujo de capitales; la internetización que influirá notablemente en los mercados nacionales e internaciones cuyo monto se calcula, nada más para los Estados Unidos, en 3 mil millones de dólares para el 99: mercado creciente que cada año incorpora a millones de nuevos usuarios y consumidores potenciales. El campo de la cibernética es el mayor mercado internacional: marcas como *Nintendo*, *Play Station* y *Sony* han colocado 50 millones de aparatos, lo que, sin considerar el segmento del mercado dominado por otras marcas, constituye el mercado potencial más grande del mundo en el corto y en el mediano plazo. Una dependencia industrial y tecnológica rea, una dependencia de nuestro desarrollo al capital extranjero, una dependencia científica a los patrones extranjeros y una dependencia de nuestras empresas

públicas del capital privado, como el caso de la petroquímica en Pemex, y en Petrobras, o de la generación y comercialización de la electricidad.

Los procesos privatizadores o "capitalizadores" de las industrias y empresas paraestatales se han consumado ante escasas voces informadas que han tratado de hacer conciencia en la población para que su opusiera a dichos procesos. Sin embargo, la fortaleza de los gobiernos, asociados a las burguesías nacionales y transnacionales han logrado imponer el proyecto privatizador, impulsado por los organismos financiadores como el FMI y el BM e incluso la OCDE y las propuestas económicas de la CEPAL, bajo la presión de la ideología de "todo lo que administra el Estado es malo per se; en cambio, lo que administra la empresa privada es excelente per se", lo cual ha puesto en manos de los ya poderosos económicamente, mayor poder y capacidad de influir en las decisiones estatales, provocando una mayor concentración de la riqueza socialmente generada en menos manos que hace 20 años. Ante estos conflictos cedemos nuestro derecho a disentir y a oponernos en manos de los legisladores responsables de "proteger" los derechos e intereses del pueblo al cual representan.

Los países de América Latina y el Caribe buscan salidas a esta situación crítica que los sume en crisis recurrentes, tanto desde el punto de vista político como en el económico que conlleva el social. La solución que se vislumbra, puede encontrarse en la integración regional. Empero cada vez que se habla de integración se piensa en el aspecto económico y no en las dimensiones políticas y culturales que dichos procesos implican. Aún más, los procesos de integración en el continente americano se han teorizado a la luz de tres grandes concepciones: el proyecto panamericano, el iberoamericano y el latino americano, nos ilustra el Dr. Ignacio Medina en su artículo sobre los Diversos Caminos para la Integración Latinoamericana. La primera visión se ubica bajo la égida estadounidense. La segunda, en el campo de la identidad cultural sobre la raíz de la lengua castellana y portuguesa. En la tercera teoría, que es la que nos sugiere el autor, se trata de recuperar

las razones propias de la cultura de los pueblos latinoamericanos con sus fuentes poblacionales, culturales, lingüísticas e ideológicas: el indígena, el africano y el peninsular, con la aspiración de lograr "un desarrollo más equilibrado que pueda propiciar una mejor distribución de la riqueza social.

Otras propuestas han surgido desde el nacimiento a la vida independiente hasta nuestros días, con diferentes matices, pero la búsqueda de una misma realidad ha sido propuesta por Bolívar, Marta, Sarmiento y, en la última década de este siglo con el surgimiento de las Cumbres Latinoamericanas que se celebran año con año desde 1991, por diversos mandatarios de los países de la región.

Otras organizaciones de carácter regional con miras a una integración económica han surgido a lo largo de la segunda mitad de siglo: El Pacto Andino (Colombia, Venezuela y Ecuador, Perú, Chile y Bolivia), la ALALC, substituida por la ALADI, La Integración Centroamericana (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y, eventualmente, Panamá); la Cumbre del Caribe con 25 países miembros y 11 asociados; El Grupo de los Tres (México, Venezuela y Colombia); el MERCOSUR (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay y posiblemente Chile). La historia y alcances de estas organizaciones se las desarrolla en una síntesis magistral en el artículo mencionado que arroja luz sobre las formas que ha revestido el proceso de construcción del proyecto latinoamericano a lo largo de este siglo. El TLC vincula los países de América del Norte bajo la supremacía del mercado norteamericano. Y la propuesta de la ALCA como proyecto hegemónico de los Estados Unidos para los países de la región.

"La integración latinoamericana ¿Mito o Realidad? -de Margarita Castro- nos plantea la paradoja de una búsqueda de la integración que se ha dado únicamente en el campo de lo económico a escala subregional, aunque internamente los procesos de descentralización no han sido acompañados de la descentralización política y administrativa sometiendo todavía el nivel local al nacional".

En el aspecto cultural se constata también una gran diversidad debido a los componentes poblacionales, lingüísticos y sociales que dificulta el proceso de integración cultural y política. A pesar de ello, el proyecto latinoamericanista es cada vez más necesario, las condiciones se están dando para llegar a lograrlo en un plano de igualdad de los países de la región, incluidos Estados Unidos y Canadá, en el respeto y aceptación de la diversidad cultural, lingüística y étnica como potencialidad y riqueza propia del continente.

Solamente bajo estos supuestos podremos hablar de la integración regional o continental en un mundo globalizado y globalizante de todas las manifestaciones culturales, bajo el modelo dominante occidental impuesto por los países metropolitanos bajo la dinámica del modelo económico neoliberal. Únicamente, en un proyecto como el propuesto se puede hablar de impulsar proyectos alternativos que fortalezcan la identidad de los pueblos en la diversidad cultural, dentro de la unidad política y comercial; sólo así se podría romper con las aporías de la globalización: se fustiga la desigualdad sin que desaparezcan las causas de la misma; se ensalza lo moderno a pesar de la supervivencia de lo tradicional; se habla del mundo desarrollado sin haber terminado con el mundo del subdesarrollo; se denuncia la globalización que se impone, pero no se tiene proyecto alternativo si la sociedad civil no interviene, participando activamente tanto en lo político, como en lo económico, lo cultural, lo social y lo simbólico que acompaña siempre a estos procesos.

De aquí la esperanza que se abre como potencialidad creadora para América Latina a partir del rescate de su cultura, de sus lenguas y mundos simbólicos presentes en las diversas etnias, grupos sociales, lingüísticos y/o culturales.

La educación debe jugar el papel de catalizador de los procesos tendientes al conocimiento del "otro" de la "otredad", así como de la "mismidad", o de la propia identidad. La identidad se construye en tiempo y en el espacio, en la interpelación con los demás, por ello está en devenir constante y en permanente

construcción. La educación en América Latina debe jugar este papel fundamental y determinante en la formación de una identidad grupal, nacional y regional, un reto que no se debe rehuir y, por el contrario, se debe enfrentar de manera colectiva y estructural, bajo pena de seguir siendo vista como un conjunto de pueblos atrasados, nocivos para el progreso y dignos de ser asimilados por una civilización más elevada como sería la norteamericana, heredera de la cultura europea occidental.

La filosofía y la literatura latinoamericana ha recuperado esta problemática y, a veces de manera poética, otras de manera cruda y realista, muestra nuestra realidad, nuestros deseos y esperanzas, así como nuestros fracasos y frustraciones. Por ello, Depestre, citado por Medina tienen razón al afirmar "el ser de América Latina está todavía por hacerse [sin embargo] como latinoamericanos mantenemos una identidad frágil, una identidad vulnerable que hay que estar constantemente vigilando y defendiendo y redefiniendo". La identidad y el proyecto latinoamericano dependerán de la actuación histórica de sus habitantes; la identidad cultural se manifiesta "tanto en la conciencia que tiene la comunidad sobre si misma en expresiones literarias y filosóficas como en la identificación que hacen de esa comunidad otros grupos humanos en el mundo". Por tanto, para América Latina es necesario vincular dos procesos, aceptarlos, asimilarlos y proyectarlos como potencialidad creadora y creativa: la mezcla de grupos raciales, el mestizaje mayor o menor, dependiendo de cada país, unificados por la lengua; y la oposición a lo que los Estados Unidos nos atribuyen como rasgos de los latinos en el sentido despectivo o peyorativa. En otros términos la aceptación e integración de los pueblos originarios indígenas y de los pueblos africanos trasladados a la fuerza a nuestro continente; y, por otra parte, la tendencia a la cooperación política, económica y cultural que alimente el imaginario social latinoamericano. A partir de estos dos procesos convergentes uno endógeno y otro exógeno a cada pueblo podremos como pueblos-nación hacer frente a la imagen que los sectores conservadores de los Estados Unidos

se han hecho de los latinoamericanos y que Ayerbe analiza con profundidad y certeza: la civilización latinoamericana es símbolo de atraso y manifestación de subdesarrollo. De aquí la necesidad, según ellos, de reconversión en la identidad al estilo "del gobierno mexicano—no del pueblo mexicano— que transforma a ese país latinoamericano en norteamericano contribuyendo a viabilizar la integración. La cultura latinoamericana debe, pues, ser asimilada a la norteamericana ya que una manifestación de la fortaleza de las naciones ya no será la riqueza material, sino el empuje de su cultura, -según Huntington-, citado por el autor. Sin embargo la fortaleza cultural norteamericana se desmorona y está en peligro por la presencia de inmigrantes, en especial de los latinos que llevan consigo una cultura regresiva desconcertantemente persistente, de acuerdo con lo que dice Harrison, referido por Ayerbe. Esta visión de ciertos sectores que ejercen el poder político en Estados Unidos se finca en la supuesta "inviabilidad potencial de la región debido al estancamiento económico continuo y al crecimiento de la población, de la cual deriva también el retraso científico-tecnológico, expresión máxima de la cultura en un mundo pragmático como el norteamericano. En este contexto, América Latina -para Huntington- podría ser considerada o una subcivilización dentro de la civilización occidental o una civilización separada, íntimamente ligada a Occidente y dividida con relación a si su lugar es o no en Occidente. Por lo tanto, la única utopía posible para América Latina es el formar parte de Occidente bajo el proyecto hegemónico de liberalización política y económica bajo la nueva organización ALCA liderada por Norteamérica en una proyección panamericana de la integración de todos los países de América Latina, del Caribe y de Norteamérica, con un solo rostro, el de la cultura norteamericana.

Ante esta postura ¿cuál es la respuesta de América Latina? ¿Qué implica la búsqueda de la identidad dentro de la diversidad regional? ¿Qué proyecto queremos para los países de la región y del Caribe? ¿Qué papel juega la política, la economía, la cultura, la educación, las comunicaciones en esta integración total? ¿Es

suficiente hablar sólo de integración económica? Interrogantes que, de una manera u otra, reconocen los trabajos de los especialistas reunidos en la AUNA (Asociación por la Unidad de Nuestra América), en la Comisión Sociedad y Cultura, que en diferentes talleres celebrados en diversos momentos y lugares, ha dado como producto los trabajos puestos a consideración de los lectores para su reflexión, crítica y sugerencias en pro de la integración política, cultural y económica de los pueblos de América Latina y el Caribe.

Ante esta perspectiva, nosotros proponemos -dirá Medina-, que la identidad latinoamericana y caribeña debe encontrar en las diferentes culturas presentes desde la tierra del fuego hasta el río Bravo un denominador común reconocido a través de la conciencia colectiva en devenir según el tiempo histórico. No se trata de borrar las diferencias, sino de, reconociéndolas, buscar elementos comunes presentes en todas las culturas. A este respecto, mencionaban Juárez y Comboni, que la educación juega un papel determinante en los procesos que están por iniciarse, en los que se deben fortalecer y en los que están en pleno desarrollo con miras al III Milenio, en el campo de la integración cultural y política que revista con un rostro humano latinoamericano los esfuerzos de integración de las diferentes regiones económicas de América Latina. Superar el mito de la integración y hacer de nuestra utopía una realidad en la que reconozcamos el valor de lo local frente a lo nacional y lo global, dando la voz a los pueblos y a las lenguas indígenas y recuperando los valores aprehendidos durante siglos por los ancestros latinoamericanos y/o caribeños, es la propuesta que se desprende del texto de Margarita Castro. Todas estas acciones deben ir encaminadas hacia un desarrollo propio latinoamericano, nos propone Lino Borroto, y hacia la reconstrucción de identidades de clase que nos permitan enfrentarnos al proceso homogeneizante y al mismo tiempo excluyente, de la globalización, con la creciente polarización de los extremos de riqueza y pobreza que margina a grupos enteros de países, dentro de los cuales, los grupos más excluidos resultan ser las etnias originarias, que sufren de la exclusión dentro de la

exclusión. Las acciones emprendidas por la Asociación de Estados del Caribe son un ejemplo de lo que los países de la región latinoamericana pueden lograr si unifican políticas educativas y culturales, favorecen los intercambios y el conocimiento mutuo a través de los procesos educacionales, en particular de los escolarizados, enfatiza Borroto, que preparan una nueva concepción de desarrollo, implicando más allá de lo estrictamente económico, cambio de valores, de actitudes y comportamientos e incluso de personalidad que pasan por la educación entendida como posibilidad de construir una nueva ética, transmisible y transmitida hasta que se constituye en conciencia cotidiana. La potencialidad de la apertura lingüística de los países con fuerte presencia indígena, debe ser un valor de crecimiento y de reconocimiento de la identidad que se construye a partir de las raíces autóctonas y de la sangre inmigrante, con sus manifestaciones culturales que enriquecen el mundo cultural de la región y muestran su potencialidad como fuerza potencial y real para lograr una relación más equitativa en la estructura social de nuestros pueblos, es lo que desarrollan Comboni y Juárez, en una visión integradora a nivel interno de los países en donde la población indígena está presente y lucha por sus derechos, aún cuando sean los vehiculados por las metrópolis: democracia, igualdad, desarrollo, derechos humanos, derechos indígenas, que también se les deben a ellos. Para favorecer el crecimiento social y la integración regional y/o subregional, es necesario valorar las diferentes manifestaciones culturales presentes en los países de la región y del Caribe. El reconocer sus raíces históricas y el potenciar sus expresiones diversas dentro de la Unidad, teniendo como referente común el fortalecimiento de los espacios nacionales, constituye el proyecto latinoamericanista presente en las propuestas de los autores y de los intelectuales latinoamericanos comprometidos con la Unión de Nuestra América.